

# ENSAYO LITERARIO

JAVIER VELÁSQUEZ  
MAESTRÍA EN LITERATURAS COLOMBIANA Y  
LATINOAMERICANA  
UNIVERSIDAD DEL VALLE

## ***Habitó entre nosotros* de José Watanabe: resignificación del discurso católico**

La publicación de *Habitó entre nosotros* (2002) significó una interesante forma de comprender a José Watanabe, de quien siempre se había sospechado que pudiera ser agnóstico o incluso ateo, sin embargo, posteriormente él mismo confirmó que, aunque no se considera religioso como tal ni ligado a ninguna institución cristiana, sí se siente identificado con el problema del *más allá*, del ser después de la muerte y su creencia de que Jesucristo puede concebirse como un personaje bastante particular e impresionante. Es por ello que *Habitó entre nosotros* no es una adoración de la imagen católica o cristiana de Jesús, tampoco se trata de su burla o parodia, sino que es el intento de trasladar la imagen de Cristo a una figura humanizada, lejos de toda idealización divina; de hecho, la obra trata de la narración del evangelio desde un punto de vista terrenal. Para abordar un breve análisis de *Habitó entre nosotros* se tomará en cuenta el poema “La razón de las parábolas”:

siendo como es, divina, se pronuncia  
con lengua de hombres,  
lengua efímera pero tocada  
por una gracia: la parábola,  
aquella pequeña historia  
que guarda una serena ansia: ser de todos.  
Por eso hablo así: hilando  
La Palabra en vides, en semillas de mostaza,  
en trigo  
y aun en cizañas y pedregales, cosas de la gente,  
de sus manos,  
que luego suben como un destello  
a sus límpidas mentes.  
Olvidé otra ansia de la parábola:  
durar. Recordadas sean por siempre  
todas  
porque todas son una, La Palabra,  
que por ahora soy yo. (Watanabe, 2002, p.29)

En este poema se hace visible una especie de oscilación entre lo terrenal y lo divino, que se podría entender también como la visión particular que Watanabe posee de Jesús y su manera de interpretar el Nuevo Testamento. De ese modo, Jesús sufre un declive como representación estricta de la perfección y cae en las contrariedades de los seres humanos; en consecuencia, durante toda la obra es posible comprobar que Jesús enfrenta una serie de inconvenientes que no es capaz de resolver a partir de métodos celestiales, sino que más bien lo ubican en la imposibilidad de encarar al mundo bajo el título de “hijo de Dios”. En esa medida, el discurso proveniente de él es, en primer lugar, humano, luego sobreviene la parte divina que pareciera querer representarse constantemente en su accionar; sin embargo, esa simbiosis no se produce y el discurso católico del Nuevo Testamento queda, por tanto,

descolocado.

En un primer momento el poema hace referencia al concepto de parábola, que desde el entorno religioso se comprende como una serie de narraciones breves que fueron dadas por Jesús para llevar a cabo un proceso de enseñanza y direccionamiento moral; así que, viniendo de tal figura, dichas narraciones están cargadas de divinidad y revelación celestial, sin embargo, desde el ojo de Watanabe, se establece de manera contundente otra circunstancia: la palabra que se supone como sagrada es, en realidad, pronunciada por el ser humano, deviene y sólo adquiere sentido a través de él.

Luego habla de la imagen de la lengua como concepto abstracto, aislado de toda divinidad y como instrumento capaz de producir un código comprensible entre hombres y mujeres, sin embargo, también hace referencia a la brevedad del lenguaje y a que probablemente su fin último es la perduración de los mensajes en el pensamiento. De ahí la importancia de la parábola en comparación con el carácter fugaz de la sola palabra, que adquiere su *gracia* cuando se convierte en parábola, pero no necesariamente religiosa, porque debe poseer carácter de durabilidad en los interlocutores; entonces, Watanabe le arrebató el sentido de perduración como ideación divina o cristiana para transportar la parábola al entorno humano, siendo de ese modo también trascendental en los hombres, por lo tanto, existe allí una pugna constante en el Jesús terrenal que propone el vate, puesto que, de su boca se espera la palabra divina, pero de ella solamente desembocan palabras humanas que, después de todo, se pueden conservar como discursos cargados de verdad para quien así lo considere. Es necesario recordar que la verdad es ciertamente un producto de variados discursos que emergen de instituciones sociales y culturales que, a su vez, estructuran determinado poder sobre los sujetos, en este caso, de quienes hacen parte de la institución católica, que ha definido un discurso religioso de bastante potencia en Latinoamérica. Watanabe no ha sido la excepción. Foucault (1980), manifiesta:

Lo importante, creo, es que la verdad no está fuera del poder, ni sin poder (no es, a pesar de un mito, del que sería preciso reconstruir la historia y las funciones, la recompensa de los espíritus libres, el hijo de largas soledades, el privilegio de aquellos que han sabido emanciparse). La verdad es de este mundo; está producida aquí gracias a múltiples imposiciones. Tiene aquí efectos reglamentados de poder. Cada sociedad tiene su régimen de verdad, su «política general de la verdad»: es decir, los tipos de discursos que ella acoge y hace funcionar como verdaderos; los mecanismos y las instancias que permiten distinguir los enunciados verdaderos o falsos, la manera de sancionar unos y otros; las técnicas y los procedimientos que son valorizados para la obtención de la verdad; el estatuto de aquellos encargados de decir qué es lo que funciona como verdadero. (p.187)

José Watanabe se desarrolló en el seno de una familia campesina en Laredo; aunque su padre, de ascendencia japonesa, tuvo una influencia de importancia en la escritura poética del vate, se puede decir que su entorno dominante fue la cultura tradicional del Perú y de América Latina de mitad del siglo XX, por lo tanto, adquirió los valores morales propios de una sociedad católica. Se conoce poco de su infancia en cuanto a detalles específicos, pero sí se sabe que su familia era pobre y estaba conformada por los esposos Paula Varas, Harumi Watanabe y trece hijos. De ese modo era imposible que la tradición del catolicismo no se impregnara en su visión del mundo y la realidad. Eso queda bastante claro en *Habitó entre nosotros*, porque si bien no es una obra filiada a la religión o a la iglesia, sí intenta rescatar la imagen de un Jesús humanizado como personaje admirable. De ahí que las palabras de Foucault adquieran sentido en la obra de Watanabe, porque es un escritor, una persona que se desarrolló en un ambiente lleno de imposiciones que han perdurado en la cultura latinoamericana; además, aunque Watanabe tiene la capacidad de liberarse de la imagen de Jesús como sujeto colmado de divinidad, no logra desprenderse del todo de esta influencia porque halla una especie de verdad en el material cultural que le fue implantado desde su infancia. No obstante,

esto no le resta innovación a su poemario, ya que, el sólo hecho de intentar desarticular el discurso católico y su presunta verdad mediante la poesía, ya es evidencia y ejemplo de las capacidades de los seres para generar nuevos discursos y verdades de manera constante.

Lejos de encontrar comunión entre el ser sagrado y su asentamiento terrenal en el mundo, en esta obra se puede interpretar que la figura de Jesús, protagonista de un episodio clave para la humanidad, entra en una especie de confusión entre lo que pretende por ser hijo de Dios y lo que se lo impide por ser de carne y hueso. Entre otras cosas, parece que Watanabe intentara desarticular el significado tradicional de lo divino, pero sin faltarle al respeto del todo a Jesús; el mismo Watanabe afirmó que Jesús, apartado de la simbología cristiana, es un personaje histórico que ciertamente le parece brillante:

Creo en Cristo, pero no creo en los católicos. Y se puede diferenciar muy bien a uno y a los otros. Y creo que creo, como ha dicho Giovanni Vattimo, a quien cito siempre, porque es muy leal consigo mismo: no es que esté absolutamente convencido. Cristo siempre ha sido para mí una figura respetabilísima y sugerente. Le tengo esta fe popular. La que viene desde mi infancia y las devociones de mis padres. Por eso escribí los poemas de *Habitó entre nosotros*. (Watanabe, marzo 2005)

En consecuencia, el poeta propone algunas imágenes bastante particulares acerca de la producción de las palabras; por ejemplo, él dice que éstas se hilan en vides, en semillas de mostaza, en cizañas y pedregales, *cosas de la gente / de sus manos*; de tal suerte, es admisible pensar que el Jesús de Watanabe es tan hijo de la tierra como cualquier sujeto de cualquier lugar y época, alguien que cuenta con la facultad de contemplar, por medio de los sentidos, todos y cada uno de los estímulos que se encuentran en el exterior, haciendo parte del mundo, y a través de él logra articular palabras para causar afectaciones en sus receptores, debido a que la producción de las palabras tiene un esquema idéntico en todas las personas, pero

con fines interpretativos distintos, eso sí, alejados de toda divinidad, por más necesidad que tienen los seres humanos de apuntar su fe a determinado límite y por más incorpóreo que éste parezca. Es por ello que el Jesús de Watanabe en *Habitó entre nosotros* responde a las necesidades morales y naturales de los sujetos, ahí donde su devenir sagrado parece tambalear.

Ahora bien, resulta apropiado mencionar que luego de todo, *Habitó entre nosotros* es una obra que puede ser interpretada desde aristas múltiples, sin embargo, una de las más acertadas es aquella que tiene que ver con los estudios culturales, puesto que, si bien es cierto que se encuentra articulada de manera bastante particular e innovadora, también hay que considerar que en ella convergen varios aspectos provenientes de distintas culturas que se fusionan y dan lugar a un producto literario nuevo. El telón de fondo del poemario corresponde a la simbología católica, más precisamente a la vida de Jesús, además, se puede decir que, aunque Watanabe es peruano y recibe la cultura de un ámbito andino-rural y con importantes influencias poéticas de su padre, no está exento del peso totalitario que la religión católica ha esparcido por el continente americano desde las épocas de la colonia, y del cual, hasta el día de hoy no se ha podido deshacer.

Ángel Rama en *Transculturación narrativa en América Latina* (2008), señala algunos aspectos referentes al quehacer de la crítica literaria en la década de 1940, al mismo tiempo, reflexiona sobre la necesidad de analizar el peso de la cultura sobre las obras. Reflexión que desde la perspectiva de este trabajo, continúa siendo vigente:

Restablecer las obras literarias dentro de las operaciones culturales que cumplen las sociedades americanas, reconociendo sus audaces construcciones significativas y el ingente esfuerzo por manejar auténticamente los lenguajes simbólicos desarrollados por los hombres americanos, es un modo de reforzar estos vertebrales conceptos de independencia, originalidad, representatividad. Las obras literarias no están fuera de las culturas, sino que las coronan y en la medida en que estas

culturas son invenciones seculares y multitudinarias hacen del escritor un productor que trabaja con las obras de innumerables hombres. (Rama, 2008, p.24).

Watanabe pasa su infancia en Laredo, lugar sumamente importante en su producción literaria, y al cual regresa con constancia en muchos de los versos que escribe; allí, la familia y la sociedad le transmiten la cultura, mayoritariamente tradicional y conservadora, en consecuencia, no abandonó su respeto a la figura de Jesús, transformando el discurso de acuerdo a su mirada singular de las cosas. Claro está, como lo dice Rama, un individuo es incapaz de desapegarse de los principios de su cultura originaria, por más que se desplace a diversos centros de mayor anclaje cultural o urbanización. De ese modo, Watanabe lleva consigo la tradición católica, pero se puede comprender como un sujeto transculturado, a causa de que recibe otra importante influencia por parte de su padre, Harumi Watanabe, quien, siendo inmigrante japonés, le transmite elementos de la cultura nipona, y más especialmente, relacionados con la tradición poética del haikú.

Cornejo (1996), comenta:

Mi hipótesis primaria tiene que ver con el supuesto que el discurso migrante es radicalmente descentrado, en cuanto se construye alrededor de ejes varios y asimétricos, de alguna manera incompatibles y contradictorios de un modo no dialéctico. Acoge no menos de dos experiencias de vida que la migración, contra lo que se supone en el uso de la categoría de mestizaje, y en cierto sentido en el del concepto de transculturación, no intenta sintetizar en un espacio de resolución armónica; imagino -al contrario- que el allí el aquí, que son también el ayer y el hoy, refuerzan su aptitud enunciativa y pueden tramar narrativas bifrontes y -hasta si se quiere, exagerando las cosas- esquizofrénicas. (p.841)

En Laredo, Watanabe adquiere diversas características provenientes de la cultura andina, como expresiones coloquiales, el humor criollo, entre otras, no obstante, su principal influencia artística la obtiene de su padre japonés, Harumi Watanabe, quien era pintor y conservaba varios textos de poesía japonesa tradicional, principalmente haikús, los cuales le leía a su hijo predilecto: José. Según los escasos datos biográficos de Watanabe, se sabe que su padre era silencioso, callado, hablaba muy poco, de ahí que el vate aprendiera la técnica del refrenamiento en cuanto a la observación de su entorno y de sus propias emociones. Harumi Watanabe fue sumamente relevante para definir la vocación literaria de su hijo, tanto así que el vate se refiere a él en varios momentos de sus obras; es evidente que de su padre se derivan sus inclinaciones por la escritura poética fundamentada en la pureza de la observación propia del haikú tradicional. Sin embargo, no sólo ese aspecto configura la poética de Watanabe; en 1956, sorpresivamente su familia gana el premio mayor de la lotería de Lima y esto hace se trasladen al ámbito urbano de Perú y, posteriormente, a la capital.

De tal suerte, Watanabe asume la experiencia de la migración de manera positiva y desde los primeros años de su infancia, así pues, él estuvo oscilando entre varios ámbitos culturales: el campesino, el japonés y el urbano; a los cuales regresa y mezcla con bastante regularidad en sus obras, como es el caso de *Habitó entre nosotros*, en donde se puede observar que su escritura, nutrida de múltiples elementos culturales, puede poner en juego la veracidad y la seriedad de un discurso, en este caso el católico, trasladándolo a un sitio donde se puede utilizar al mismo personaje (Jesús) sin necesidad de destruirlo, con el fin de otorgarle un significado nuevo que se adapte mejor al entorno donde fue insertado y así librarlo de toda imposición. La esencia de la imagen no se pierde, se resignifica y aporta positivamente a una cultura que aún necesita conciliar con su propio pasado, a través de la poesía, que en el caso de Watanabe, siempre deja algo tangible entre las manos.